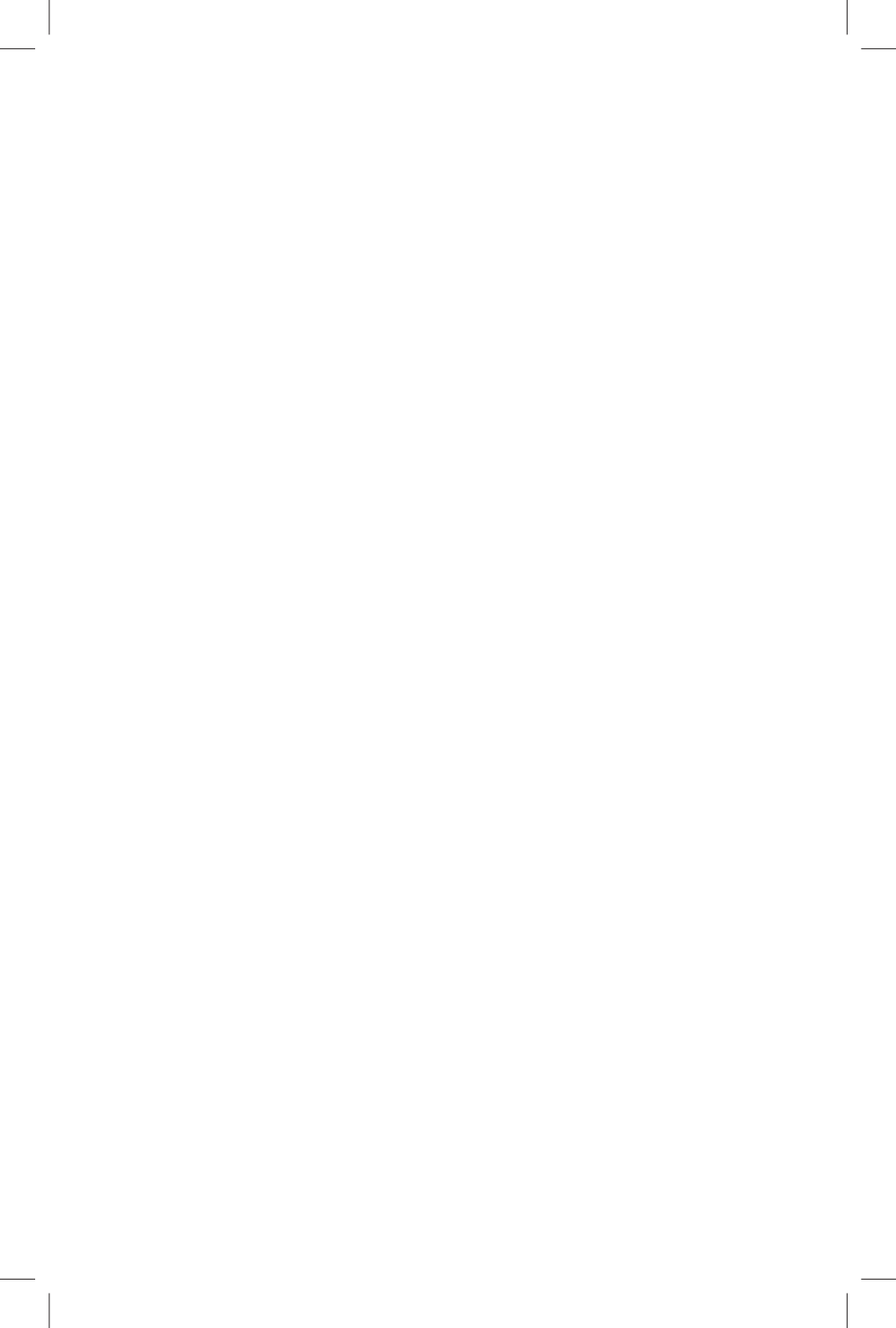


LO IGNORADO



I. El temple

No noté nada raro. Diría que la vi más serena que otras veces. Ella se acomodó con naturalidad y, como siempre, antes de empezar a hablar se tomó unos segundos.

—Bueno, el martes murió Margarita —dijo, y después hizo un gesto sutil de resignación, sin dramatismo.

La escuché en silencio, con expresiones leves de asentimiento.

—Cuando me llamó Andrea y me dijo “tengo una mala noticia”, yo no pensé que me iba a decir que se había muerto Margarita. No sé si fue una negación mía, pero yo creía que iba a ser un proceso un poco más lento.

—Uhm —murmuré para acompañar.

—Cuando estuve acá el lunes, te conté que el domingo había estado hasta la noche con ella. Margarita estaba bastante bien. Fue esa tarde cuando me dijo que había estado haciendo limpieza y me dio una foto en la que está ella, hecha una señorita, y yo chiquita, de unos tres años—ella me llevaba quince—agarrada de su mano, bailando.

Me di cuenta de que era una foto más que significativa, porque para Lucy, que es hija única, su prima Margarita fue una verdadera hermana, con la sola diferencia de que vivía en la casa de al lado. Cuando Lucy nació, Margarita estaba allí y en sus primeros recuerdos Margarita no falta nunca.

Lucy estaba serena. Hablaba un poco más pausadamente que de costumbre.

—Ese domingo fue la última vez que la vi. Cenamos temprano y nos quedamos un poco charlando y un poco en silencio. Se adormeció varias veces y cuando se despertaba me preguntaba la hora. Al final me dijo: “¿ya son las diez y media?”. “Sí, le dije, son

como las once menos cuarto”. “Entonces acompañame arriba, así ya me acuesto.”

—Sí, me acuerdo, el lunes me contaste. Había sido un buen momento esa cena.

En el mismo clima tranquilo, Lucy siguió rememorando fragmentos de su larga historia con su prima Margarita. Anécdotas de muchos años atrás y pequeños sucesos del velatorio y el entierro. Recuerdos de tiempos muy diversos se entretajan en el presente de quien elabora una pérdida.

—La foto esa que me dio era en el patio de la casa donde estábamos cenando el domingo a la noche. Margarita nació, vivió sus ochenta y tres años y murió en la misma casa. Yo no sé si uno puede decidir esas cosas, pero para mí ella se apuró a morir para que no la internen. Se ve que quería morir en su casa, como era antes.

—Uhm. Yo tampoco sé si uno decide esas cosas, pero es posible.

—Ella era consciente de todo.

Lucy, que está preocupada por dolencias que todavía no tiene, se sorprendía de la tranquilidad de Margarita para cargar con la breve enfermedad que la consumió en pocos meses.

—¿Te acordás—siguió diciendo Lucy— que en enero quería ir a Estambul? “¿A Estambul? ¿Y con quién vas a ir?”, le dijo la hija. “Con Rosita, ¿con quién voy a ir si no?”. Yo le había dicho que sí, que fuéramos, pero en julio, porque yo quería que ella me acompañara a Praga. Ahí fue cuando ella me dijo: “Pero en julio no sé si yo voy a estar”.

Hubo un silencio calmo. Y Lucy siguió:

—Margarita no le tenía miedo a su muerte.

—Bueno, algo de razón tenía —le digo—. La muerte que nos hace sufrir es la de los otros.

—Eso ella lo sabía más que nadie. Se había quedado sola con cuatro hijos a los cuarenta años. Y después perdió un hijo y veinte años después, otro. ¡Tenía una entereza!

Yo la miraba a Lucy y la veía tranquila. Menos angustiada que unos días atrás cuando se preguntaba cómo acompañar a su prima en este trance.

—Parece que Margarita te contagió sabiduría —le dije.

Hizo un gesto de reflexión o de duda, inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

—Templanza, creo que me contagió templanza —dijo.

Me quedé pensando. Una vez más se comprueba lo que decía Freud: los pacientes nos corrigen y mejoran nuestras apreciaciones, porque aunque estemos bien conectados, ellos saben más de sí mismos que nosotros.

“Templanza”, ¡qué buena palabra! Yo la tenía medio olvidada.

2. La hora

Hubo un silencio más prolongado y Lucy retomó:

—¿Sabés qué? Alicia, la hija que vivía con ella, me contó que el lunes fue igual que el domingo anterior, cuando había estado yo. Después de cenar, Margarita se quedó adormecida en el sillón y cuando se despertaba un poco, preguntaba la hora. Una vez dijo: “¿Ya son las diez y media?”. “No, mami, yo te aviso cuando empieza la novela”. Pero ese día la novela empezó cerca de las once y Margarita pidió que la llevaran a dormir sin verla. Alicia cuenta que el martes estaba igual. Cenó y después se quedó adormecida en el sillón. No preguntó la hora, pero Alicia dice que a eso de las diez y media inclinó la cabeza.

Hubo un breve silencio. Lucy me miró para ver si me podía

decir lo que estaba pensando. No quería quedar como una loca que estaba creyendo en cosas imposibles. No sé qué cara habré puesto, pero ella tomó confianza y me dijo:

—¿Vos sabés que yo creo que ella sabía que se iba a morir a las diez y media?

3. Lo que nunca vamos a saber

Lucy no me pudo decir nada más. No se le ocurre por qué Margarita pensaba o había decidido que se iba a morir a las diez y media de la noche. No sabe si ella elegía, temía o deseaba morir a las diez y media, si alguien querido había muerto a esa hora o por qué otro motivo era para ella un horario tan significativo. Pero tiene la convicción de que Margarita sabía que si pasaban las diez y media, ese día ya no se iba a morir.

Pasó una semana y yo todavía no pude dejar de pensar. Es una historia llena de enseñanzas y misterio. Ante todo, cuando alguien se muere, algunas explicaciones, cuentos y motivaciones se cierran para siempre: ya no hay a quién se le pueda preguntar.

Más allá de las que le hice a Lucy, me apareció una pregunta nueva: si era algo que ella sabía, ¿quién la habría entendido si lo hubiese querido contar? ¿Quién le habría creído?

Dicen que el psicoanalista se caracteriza por la curiosidad y aquí se encuentra con un límite imposible de transponer. Cuando algo se cierra, tal vez sea el momento en que necesitamos sabiduría —o templanza— para aceptar la ignorancia y resignarnos a que hay muchas cosas que no sabemos y tantísimas otras que nunca vamos a saber.
